

Vázquez Montalbán, resurrección de un cadáver excelente

por
Jordi
Corominas

Manuel Vázquez Montalbán falleció en el aeropuerto de Bangkok el 18 de octubre de 2003. Pasados 20 años del suceso, el presente se pregunta sobre la supervivencia del emblemático autor barcelonés. Recordado por muchos, leído por bastantes en las bibliotecas públicas y de capa caída en las librerías, su legado es inmenso, pero lo cierto es que lo más previsible es no atender a una resurrección de su influencia en un país con tan poco apego a valorar su tradición, y más si es contemporánea. Por ahora, el único retorno del autor consiste en el acceso al público de un gran descubrimiento. En 2016 se creó en la Biblioteca Nacional de Catalunya el Fondo Manuel Vázquez Montalbán, en el que se encontró un manuscrito inédito con poca información válida para desentrañar su origen. Había sido leído por Josep Maria Castellet, prohombre clave de las letras de la posguerra, y presentado, sin éxito, al Premio Biblioteca Breve a comienzos de los años 60.

La aparición de *Los papeles de Admunsen*, a cargo de la editorial Navona, huele, por desgracia, más a jalón filológico que a acontecimiento literario. La obra tiene, desde mi punto de vista, tres elementos clave: es un *roman à clef*, rebosa, lógicamente, autobiografía por todos los poros y se postula como un inédito de ese presente de hace seis décadas hacia el nuestro. Por supuesto, esto último es consecuencia de su tardanza en ver la luz. En cambio, lo primero responde a las dinámicas socioculturales de la España franquista, donde un escrito de estas características –máxime siendo el escritor un comunista que había pasado por la cárcel– era una bomba demasiado peligrosa como para detonarla, mientras lo segundo bien puede asociarse tanto a la necesidad personal de Vázquez Montalbán de hacer balance de su juventud como a la bisoñez del novelista a la hora de plantear tramas en un género del que desconfiaba, juzgándolo un mecanismo burgués.

La acción transcurre en Noruega, elegida como velo para mostrar Barcelona y desde ahí surcar por los escaparates no sólo de las ferias de muestras, sino también del protagonista de esta tribuna, por aquel entonces empecinado en lo que él llamaba «escritura subnormal», vía de escape para ser libre en un país reacio a cualquier tipo de modernidad.

Leída en 2023, *Los papeles de Admunsen* es un caramelo para los devotos y un cajón de sastre para los estudiosos. En la novela todo cabe como experimentación para pulir estilo y contenido de cara al mañana. Su cuerpo se organiza con precisión, las referencias irreverentes o cultas saltan con naturalidad y las palabras respiran el aura del padre de Carvalho, quien por cierto debutó en el espectro literario con *Yo maté a Kennedy*, quizá la última pieza de esa «subnormalidad» emprendida para luchar, afirmarse y salir a flote tras la experiencia carcelaria por cantar *Asturias, patria querida* durante una manifestación en apoyo a la huelga de los mineros de esa región en la primavera de 1962.

¿Cambiaría algo si no tuviéramos esta perla escondida durante tantos decenios? No, nada mutaría porque Vázquez Montalbán ha quedado como un lugar común para pocos conocedores. Es indis-

Caramelo para devotos y cajón de sastre para estudiosos, 'Los papeles de Admunsen', novela inédita del autor; no cambiará, por desgracia, el escaso predicamento del que goza hoy en día este intelectual ineludible al repasar la segunda mitad del siglo XX español

cutible cómo no se puede hablar de la figura del intelectual en nuestro suelo patrio sin mencionarlo. Desplegó sus talentos allá donde pudo sin jamás renunciar, pese a las dudas propias de alguien inteligente, a su fe comunista, consciente quizá desde su misma afiliación al Partido de la muerte del mismo, por lo que la ideología quedó más como una seña de identidad del personaje.

En su época, Vázquez Montalbán quiso, como tantos otros, europeizar España y dejar su granito de arena desde una prodigiosa innovación y una finura insólita, muy aplaudida en los años de la Transición, cuando se coronó desde la oficialidad con *Los mares del Sur*, Premio Planeta 1979. Ficción que, por otra parte, resume muy bien las características de este hijo de perdedores de la guerra, para quien las etiquetas sólo eran una excusa para pervertirlas.

Por eso mismo su serie detectivesca son unos episodios nacionales ambientados en Barcelona. Y por eso mismo *Los papeles de Admunsen* son un objeto de museo, porque en nuestra actualidad pertenecen a un ayer sin nostalgia ni carga corrosiva, aniquilada

ésta por la muerte del escritor después de su entierro, pues tras las exequias llegó el turno del olvido sistemático. Vázquez Montalbán paseó poco por la centuria, a la que veía más como milenio, promesa de hecatombes y maravillas. Ojalá las suyas remonten hacia alturas visibles, algo quimérico si al exhalar el último suspiro decretan tu amnesia, salvo para vender.



MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN EN 1987. FELIPE ALONSO